

## El mar y su venganza

Era un día soleado. Estaba en la playa, leyendo, observando el paisaje y a la gente pasar. Eran ya las ocho y atardecía, cuando decidí quedarme un rato para ver la puesta de sol. La mejor decisión que he tomado -pensé en aquel momento.

Pasaron las horas, vi el atardecer y me quedé ahí un rato más. Eran ya las once, cuando recogí mis cosas y di el último paseo por la orilla. Pensaba que iba a ser el último de aquel día y que al siguiente volvería, pero estaba muy equivocada. No iba a volver a dar un paseo por la orilla. Estaba ya a medio camino, cuando me sentí observada. No vi a nadie, así que seguí como quien no quiere la cosa. Pasaron diez minutos y seguía sintiendo que alguien me observaba. Estaba claro, alguien me estaba siguiendo. Me empecé a asustar. Así que comencé a andar más rápido. Las olas cada vez chocaban más fuertes en la orilla, el tiempo empeoraba por momentos, y me caí, no me podía mover, lo intentaba, pero no lo conseguía, era imposible. Lo último que vi fue la luna entre nubes, era muy bonito. Lo último que oí fue cómo las olas se rompían en la orilla, ya no me acuerdo de mucho más, se me borró la memoria una vez me quedé inconsciente, solo me acuerdo que dolió mucho, fue de las cosas más dolorosas que me han pasado.

Una vez me desperté, estaba en un sótano. Lo conocía de algo. Estaba cerca del chiringuito al que solía ir. Era de una casa de una vieja amiga. Ya no me llevo con ella, terminamos muy mal. Lo que pasó con esa amiga es que yo era ecologista y me importaba muchísimo el planeta. Ella en cambio, no lo era. No soportaba que nadie lo fuera. Decía que eran tonterías e inventos para que gastáramos más dinero.

Mi amiga, Vega, era muy buena amiga, una de mis mejores amigas, la quería muchísimo, pero me dijo que no debíamos hablar nunca más por nuestras distintas opiniones sobre ese tema. Fue una pena perderla, pero así es la vida, mejor sola que mal acompañada, ¿no? Al menos eso dicen.

Bueno, continuemos con lo que me pasó, estaba en un sótano, atada a una cama, como las de las cárceles, seguía sin poder moverme, no sé con qué me envenenaron, pero algo me inyectaron, quizás oxicodona. Creo que es eso, si Vega me hizo eso, seguro que es oxicodona. Ella lo tomaba para una hernia.

Estoy en un sótano atada a una cama de metal, no sé qué hago aquí, ni cómo he llegado, no sé si saldré con o sin vida, no sé absolutamente nada, es muy frustrante, no hay ni un reloj, no sé cuánto tiempo llevo aquí, espero salir pronto, al menos con vida.

Empecé a fijarme en mi alrededor, parecía que iba a pasar ahí mucho tiempo, vi algo de comida con un vaso de agua, eran mis chuches favoritas, unos ositos gominola junto a una botella de agua y una nota. Al estar atada, no pude cogerlo, de repente todo se apagó y dejé de estar atada, seguía encerrada, pero no atada, lo cual no estaba tan mal.

Me acerqué, los devoré en cuestión de minutos, era una bolsa de un kilo, sé que era una salvajada, en mi defensa he de decir que llevaba horas sin comer. Me bebí la botella de agua de golpe. Una vez estaba llena, volví a descansar pensando en qué me darían de comer al día siguiente. Lo que no pensaba era que no iba a haber un mañana. Esa fue mi última comida, mi comida favorita. Quien me hizo esto debía de conocerme muy bien. Cada vez sospecho más de ella, todo apunta hacia Vega.

De repente, me empecé a encontrar terriblemente mal, me dolía la cabeza, tenía náuseas, calambres por todo el cuerpo entre otras cosas, hasta que me volví a quedar inconsciente. Esta vez cuando me desperté, tenía alguna que otra herida por arma blanca, un puñal o una navaja quizá.

La siguiente cosa que sentí fueron un par de puñaladas. Esta vez el arma era más grande, puede que fuera un machete. A pesar de todos sus intentos, yo no moría, así que decidió que iba a divertirse un poco. Y empezó a jugar a la ruleta rusa, Yo seguía viva, no por mucho tiempo, me estaba desangrando, tenía heridas de todo tipo, probablemente también algún hueso roto,

pero no podía decir nada. Me había quitado las cuerdas vocales para que no pudiera hablar. Se cansó. Continuaba viva, así que decidió darme el tiro definitivo, o el que pensaba que sería definitivo. Cogió su preciada beretta negra, que había heredado de su madre y esta de su abuela. La cargó y me disparó diecisiete veces, cada tiro era por un objetivo de desarrollo sostenible. No podía más con el dolor. Esta tortura tenía que parar ya.

Me hice la muerta, coló perfectamente, me metió en una bolsa de plástico y me encerró en un compartimento secreto de su coche. Entré en hipoxia, no había oxígeno que pudiera respirar, llevaba ahí metida un buen rato. Oí a aquella persona hablar con alguien, reconocí las voces a la perfección. Era la voz de Vega y la de su novio, del cual no consigo recordar el nombre.

Noté cómo abrían el maletero, entre los dos me cogieron y me tiraron a algún sitio. Era el mar. La misma playa en la que me habían secuestrado. Ahí me tiraron, no solo a mí, también echaron cualquier cosa que les pudiera incriminar.

Aquel día, morí tranquila a pesar del dolor. Jamás me arrepentí de ser yo misma. Sé que el karma existe y que pagarán por lo que hicieron, no saldrán impunes, eso lo tengo claro. Intenté concentrarme en mi respiración para morir con el menor dolor posible y, sorprendentemente, lo conseguí. Lo último que sentí fue el mar arrastrándome hacia adentro.

A la semana, aparecí junto a todas las pruebas enfrente de la comisaría, que estaba al pie de la playa. El propio mar lo había realizado. Sabía que Vega no se libraría de esta, ni Vega, ni su novio.

La primera persona que contempló lo que trajo el mar fue un niño. Me dio pena, se quedará traumatizado para toda su vida. El niño era el hermano de Vega, qué coincidencia, ¿no? Pablo, el hermano de Vega, fue corriendo a comisaría para avisar. Salieron todos y me encontraron ahí, muerta, la bolsa estaba casi llena de sangre, por todas las heridas que me habían hecho Vega y Pelayo. Así se llamaba su novio, Pelayo, jamás me cayó bien. Nunca me dio buena espina. Creo que ahora entiendo el porqué.

La policía trasladó mi cuerpo a un sitio extraño. Era como una sala de operaciones. Había un forense. Mientras tanto, abrieron un caso con mi nombre y le dieron máxima importancia. Tomaron medidas muy estrictas. Nadie podía salir ni entrar del pueblo. Mi casa estaba vigilada todo el rato. Si cualquier persona con opiniones similares a la mía recibiera una amenaza o cualquier cosa rara debería avisar al comisario de inmediato. Esas fueron solo algunas de las medidas que se tomaron. Al parecer, mi muerte les impactó mucho a todos. Incluso a gente con la que no había hablado ni visto en mi vida.

El forense empezó analizando mi cuerpo, mientras balística analizaba algunas de las 17 balas. La mesa del forense estaba muy fría. Era de metal, como la mesa de operación de un quirófano. Me recordaba a eso. A los buenos tiempos en los que salvaba vidas o al terminar una operación simulábamos ser los pacientes. Era muy gracioso. Los echo de menos. Pero, qué se le va a hacer, ya estoy muerta, no hay vuelta atrás.

Una vez terminaron de analizar todo, sabían perfectamente quién o quiénes me habían matado. En realidad, todos lo sabíamos. Solo estábamos esperando a que hubiera pruebas. Dos coches patrulla fueron a aquel sitio donde lo había pasado tan mal. Detuvieron a Vega y a Pelayo. Mi hermana, mi heroína, les detuvo. Mientras lo hacía, dijo esa frase que tanto había practicado conmigo, esa que dicen en las películas: “Ustedes, dense la vuelta y arrodíllense, quedan detenidos. Tienen derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que digan podrá ser usada en su contra en un tribunal. Tienen derecho a la asistencia de un abogado durante su interrogatorio. Si no pueden pagarlo, se les asignará uno de oficio.” Luego los esposó a los dos y los metió a cada uno en un coche patrulla. Parecía sacado de una serie de Hollywood. Desearía haberlo vivido.

El juez los declaró culpables y con varios cargos. Les puso una condena de mínimo 17 años de cárcel, servicio comunitario y muchas cosas más. También dijo que se iba a repetir el juicio en

unos meses para dictaminar la condena exacta. A este juicio se le había dado máxima prioridad por su importancia.

El juicio acabó con mi hermana diciendo: “El karma es real. Todo lo que haces tiene consecuencias.”

Mi caso salió en todos los periódicos del país con diferentes titulares, pero no se puede cambiar el pasado y esta es mi historia. Una historia de cómo una chica mató a una vieja amiga suya solo por cómo pensaba. Y cómo el mar se vengó.